



DE LA CAVERNA

CRISTIAN ORTÍN

“Qué cómodos estamos aquí abajo,
ese loco que asciende entre las sombras
debe haberse perdido por los sueños.”

I

Mil puntas cristalinas atraviesan la cortina
de nubes que viste los cielos de poesía.
El compás de su goteo me atraviesa el alma
como el pájaro a la mañana, fiel en su armonía.
Cae copiosa en hermosura, escasa en existencia,
no hay soledad en su discurso, sólo amor
a su causa, a la inevitable inercia
que conduce su frescor de primavera
a los senos de la entusiasmada flor.
¡Ay sagrada vida! Ven y baña este ardiente mundo
con la elegancia de tu transparente esencia.
Acaricia mi cuerpo que yo me inundaré contigo,
incluso cuando –etérea al hombre– asciendas de nuevo a tu morada
y te mezcles con el cielo en tan suspirado olvido.

II

Bajo el tapiz de la vida duermen juntas las almas,
pasajeras a merced del tiempo,
invisibles tejidos hilados con palabras.
Amanecer tardío, escucha: ya están nublados sus rostros,
ni el más poderoso de tus rayos los despierta.
Han sucumbido desde el principio,
el bien es frágil en sus corazones, el mal les tienta.
No hay rumor en la lejanía, es cercano el silencio,
cuando la respuesta calla, la pregunta nos molesta.
¿Qué es lo que estamos haciendo?
¡Ay de mí! Del pobre hombre en la cruel tragedia.
Quizás la raíz del árbol romperá la piedra,
y si aún el pensamiento indeciso se mostrara,
recojamos las semillas que la naturaleza siembra.

III

(Sentido y orientación)

Cae armoniosa en mi regazo la pregunta
que pía bajo los árboles del viejo bosque.
Demasiado silencio a los lados del camino,
temblorosas dudas ante el duro roble.
Dicen más del horizonte mis palabras
que el propio cielo de sus blancas nubes.
Dejemos florecer en su esplendor a la belleza
bajo el manto de mil estrellas plateadas,
sin dejar atrás el sentido de vuestra presencia,
pues estáis rodeados de mundo de norte a sur,
pero, ¡Alto! Parad e inundaos con vuestras respuestas,
el horizonte ya está iluminado, ¿Lo está el vuestro?
Al fin y al cabo el sol, como las cosas, sale a nuestro encuentro
por el este y busca su humilde fondo en el oeste.

IV

Duerme querida, la noche adormece
tu delicado cuerpo,
tu sonrisa es la rosa
que viste el amor; perfume del cielo,
mirada azulada de primavera,
melodía del viento.

Duerme mi vida, que la luna llama
silenciosa recitando mis versos:
estrella mía, hoy la luciérnaga
te arropa contra el rocío de enero.

Acuéstate risueña
mientras acude el sueño.

–¡Hermosa!– increpa el cristal de plata
de tu envidioso espejo.

Duerme, ¡Oh bella! Apaga tus pupilas
como se apaga el fuego.

Te abrigo en la alta nube
como la lluvia abriga el frío invierno.

Y al fin al alba, cuando el sol despierte,
de tus labios pueda yo alzar un beso.

V

A veces, –¡Oh, cielo celeste!– observo
los blancos contornos de tu mirada
mientras mi pluma recorre el sendero
de la aurora, la nube y las palabras.

¡Ay, mundo! ¿Ves o miras?

La atención es la llave
que abre los sentidos o los limita.

¿Acaso tú escuchaste?

Hoy callas, pero ayer criaste al hombre,
no sin antes mimar el sol, el viento
que pasea libre en el horizonte
tan ligero como mis pensamientos.

Mañana ya no habrá versos que oreen
el significado de la montaña,
ni estrellas que la besen,
ni suspiros que cobijen el alma.

Camina, ¡Oh, caminante del bosque!
Por las pálidas preguntas de antaño;
el don del sí reside en los acordes
y la respuesta espera al otro lado.

¿Qué es amar sin el amor?

Crear en ti, en él y en mí,
atardecer que une nuestro corazón
para ver lo que no viste y yo sí vi.

Atrás quedaron los suspiros rotos
de preguntas que hirieron al silencio,
hoy el mundo sueña con abrir los ojos,
mis ojos duermen para estar despiertos.

VI

Dejemos que el camino se divise y
la inteligencia aborde la ribera,
pues no hay mejor brisa que las palabras
ni instrumento mejor para el que piensa.

Sentémonos bajo aquellos árboles
de altas copas y engalanada esencia,
pues al igual que el libro para el hombre,



nos dan las frutas que la lluvia riega.
Mirad, amigos, cómo la laguna
se extiende ante la mirada del poeta
y éste pasea por su blanca orilla,
donde su arte esculpe olas perfectas.

Coged –si podéis– la densa idea
que el pensamiento mece en su pupila,
pues bordar la letra es unir sentidos
y sirve de camino al que camina.
Y ahora escuchemos aquella canción
que arrastra el silencio del amanecer,
son notas perdidas, belleza del día
que ha sido maestra del alma y del ser.

VII

...sin servirse para nada de lo sensible,
sino de ideas, a través de ideas y en dirección
a ideas, hasta concluir en ideas.

PLATÓN

En el corazón del mundo se para
la imagen que, hermosa, intangible,
la realidad imita. El espacio se encoge
en infinitos astros mientras la idea,
que culmina en las cimas, declina ya.
¿Pero dónde están aquellos montes
que cercan lo que la vista ignora?
Y la verdad, que examinando
toda naturaleza, retrocede y se para,
como la imagen, para orientar toda su luz
hacia lo oscuro, la mentira. ¡Y qué poder
que todo lo atrapa! ¿Qué virtud decaería?
Baja pues, como la idea, y asciende de su mano
en armonía, hacia lo bello, hacia lo eterno,
y entonces el devenir fallece.
Jamás fue tan atractiva, en aquellas mentes
tan despiertas, la palabra sincera:
las cosas están sujetas al tiempo
como la razón a la idea que, siendo invisible,
hace del ciego el mayor de los observadores.

VIII

(La palabra de la naturaleza)

He visto tan cercano el horizonte
y tan callado que, en las tímidas sombras
de la mañana, la luz se entrometía.
He visto despertar en las miradas
la rosa del poeta, mientras en los rincones
vacíos de la tierra un leve piar,
de inusitada armonía, mecía el viento en las ventanas.
Desde aquellos rincones del pensamiento
la hiedra, como si tratara de alcanzar
el sol con los brazos, medraba con sutileza
en todas partes y el hombre de Kouroo,
apartándose del tiempo, trabajaba en su bastón
como todos los días: tal es la perfección.

Lo he visto todo y no hay nada que haya visto.
Por las laderas de estas montañas,
donde los bosques cierran los espacios,

hay caminos infinitos que me pierden.
¿Son aquellos ecos, de notas
profundas, la voz del corazón del bosque?
¡Alto! ¡Alto! No caminéis más, pies míos:
la mañana, frágil y hermosa, ha despertado.

He visto, desde allí, el sol dorar las nubes
y los lagos y los rostros, el humo,
lento y osado, ascender desde las chimeneas
cuando, sobre la hierba, los cristales
de rocío se derretían y, entonces,
el mundo se embriagaba con el perfume de la naturaleza:
nada que pueda ver –si acaso abro los ojos–
es tan sublime como el carácter del día.

IX

(Atisbos de la adolescencia)

1

No saber aquello que ni siquiera sabemos
y pasear por esas calles desiertas.
La última de las imágenes del mundo,
¿Quién verá o dejará de ver?
Hay silencios tan ciertos que enmudecen
los hombres al escucharlos y callan.
Hay cosas que desconozco y tan sólo
puedo pensar: que ni el pensamiento libre
conoce al conocimiento,
ni a ti, ni a mí, ni a nadie.

La duda no existe porque nada es seguro
o tal vez por eso existe.
Todo queda cuestionado si
todo se somete a la pregunta.
La realidad me es frágil y retrocedo,
pues nada que parezca tan lejano puede ser real,
ni tú, ni yo, ni nadie.

Siempre observo,
(escondido en remotas contemplaciones),
las inquietudes más maravillosas
del cuerpo mismo.
Siempre examino cada suspiro que gravita
sobre las mentes más justas.
Siempre, con cada mirada que se pierde
en mi mirada, voy hacia adelante.
¿Hacia adelante? Ah, no lo sé.
Reconozco saber que no sé nada en absoluto
y que cualquier lugar es adecuado para que,
sin importar qué ideas o qué pensamientos,
la ignorancia me sobrepase.
¿Es esto, al fin, lo que nos sobrecoge?
Si lo apartamos un instante podremos imaginar
–que no saber– la felicidad
de esos ojos tan infantiles,
que no es sino inocencia o ignorancia.

Es probable que lo conocido sea en su totalidad
menos bello que lo desconocido y más improbable.
La razón de las cosas, en los significados y matices
y escalas y versos, se muestra y no veo nada.
¿Pero dónde están esos objetos y colores

y notas y palabras? ¿Quién puede tocar,
(sin llegar a poseer en sí),
las ciencias del sentido?
Ya empiezo a darme cuenta de las cosas:
ni tú, ni yo, ni nadie.

2

En orillas templadas descansa el tiempo
que arrastran las olas en su seno celeste,
meciendo la vejez entre el golpeo
de la espuma en las rocas de la playa.
El niño, ya corriendo por la arena
tras juegos de la niñez temprana,
ya salpicando en el agua con el rostro dichoso,
mira el horizonte, que se extiende inmenso
a las miradas de los hombres,
y le sugiere un nuevo patio de recreo
donde dejar a la deriva sus sueños inocentes.
Aún posee su mirada el vivo brillo del nacimiento,
como un nuevo surgir de las estrellas,
sin que la virtud natural de la edad le enturbie el ánimo.
¿Cuándo podrá caminar despreocupado sino ahora?
Cerca de él, una anciana de ojos pálidos
lo observa en silencio pensativa.
Al otro lado, quizás en otras orillas,
esperan caminos que ni la vista ha recorrido
y otro niño, erguido ya, se burla de las olas
que chocan a sus pies sin conseguir tumbarlo.

El órgano, que palpita –como el tiempo– en el interior
de los cuerpos y nos brinda amores y pesares
propios del hombre, me resulta hermoso.
Su latir anega en toda alma el deseo
de algo íntimo que continúa sin fin.
Escuchad los cuentos que arrastra la memoria:
nosotros también hemos sido infantes
en edades borrosas de otros tiempos.
Pero no tan perdidas si aún el entendimiento
arremete con firmeza en las murallas;
no tan lejanas si sus significados
pasean como antaño en nuestros días.
¡Oh, enfermedades ladronas del recuerdo!
Os temería más ahora que siendo un pobre viejo,
pues éste, ya olvidado de vuestros daños,
se entrega con tranquilidad a sus oficios.

El compás se balancea en las miradas
con un débil brillo visionario,
igual que los astros a lo lejos
giran enormes en torno del espacio.
¿Cómo puede el pensamiento, toda idea,
extenderse más allá del conocimiento?
¿Acaso el infinito envejece, desgastándolo los años,
o carece de eternidades impensables
y tiene su fin y su principio en algún lugar o muere?
Hay algo en estas naturalezas que me es familiar.
No puedo pensar sin preguntarme
cómo es que pienso siquiera o si el pensar es la llave
de la existencia más humana.
¡Ay, niño! ¿Dónde están tus dudas?
El oleaje las empuja a inteligencias más sabias.
La incertidumbre se pasea por el mundo
como las nubes viajan tendidas en el cielo.

Una voz susurra en secreto palabrerías
de sincera esencia, de raíz profunda.
La quietud interrumpe el eco de las olas
que se lanzan en tropel a la aventura:
siento amor a esa vejez venidera,
las flores aún se abren con una ternura mágica
y el blanquear de los años me sigue siendo amable.
El niño se burla todavía de las olas...

X

Puedo en las eternidades fijar nuestro tiempo,
observar en silencio el cielo tan infinito:
hay estrellas que nunca podré tocar esta noche.

Me he perdido en su mirar, más allá, me he perdido,
como observar las nubes blancas en un mar azul.

Al abrir las puertas, sólo con ella he sentido
que entraba en mi alma la caricia más delicada.

Desde aquí, el cielo es tan hermoso cuando le escribo...

La luz tenue despunta ya en el horizonte,
creo que aún duerme, el mundo está adormecido:
los sueños menguan como la luna en su carrera.

A veces, los susurros fueron como suspiros
que ascendían en amaneceres como éste.

La sustancia de su voz, en acordes divinos,
me es inmensa en claridad sumisa, toda ella lo es.

Desde aquí, el cielo es tan hermoso cuando le escribo...

Aún su gesto pálido, sus ojos oscuros,
confunden a mi corazón en cada latido;
y el latir no es sino el sentido de su presencia.

Puedo en las eternidades fijar nuestro olvido,
más cómo olvidar su imagen que tanto he amado.

Bajo el tímido clarear, del sol, aún le escribo.
Ya debe la mañana empapar de color su iris.

El cielo es hermoso y eterno cuando la miro...

XI

Dime, musa, si caerán las fronteras
de límites inciertos,
dime si entre heroicas proezas vive
aún el más bravo de los aqueos:
acaricia la aurora
el horizonte con sus largos dedos,
la niebla, esquiva, se abre;
asoman las Nereidas de bellos peplos;
se extiende en el vacío
la mágica ilusión de aventureros.
Las velas ondulan como bandera
célebre del poderoso Céfiro.
Y en silenciosa corriente de espuma,
al ponto se adentran los marineros.